

Catecismo 823 – 826 La Iglesia es santa

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

En principio hay que decir que si misterio es decir que la Iglesia es “una”, y que no deja de ser una a pesar de las heridas que la unidad ha recibido por los zarpazos del pecado del hombre; todavía es un misterio mayor, que puede escandalizar más a nuestro mundo el afirmar, como afirma nuestra fe católica **que la Iglesia es santa**. Es el calificativo que más reacciones contrarias puede producir.

Sin embargo, ya en el comienzo en la Iglesia primitiva, se utilizó se calificativo.

San Ignacio de Antioquia designaba así a la Iglesia; incluso paso a formar parte de los primeros “credos” desde el principio. El concilio vaticano II así lo afirma.

Punto 823:

«La fe confiesa que la Iglesia [...] no puede dejar de ser santa. En efecto, Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y con el Espíritu se proclama "el solo santo", amó a su Iglesia como a su esposa. Él se entregó por ella para santificarla, la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la llenó del don del Espíritu Santo para gloria de Dios» (LG 39).

La “Lumen Gencium” dice: **la Iglesia es santa porque Cristo la santifico**. El “solo santo” amo a su Iglesia como su esposa.

¿Cómo puede hacer semejante afirmación la Iglesia, cuando todos sabemos y conocemos los defectos de los miembros que formamos la Iglesia? ¿Cómo es posible afirmar que la Iglesia es santa, cuando chocamos con los escándalos de los pecados de los que la formamos, incluso cuando Juan Pablo II, en el año 2000, pidió públicamente perdón en nombre de todos los miembros de la Iglesia que habían cometido pecados a lo largo de la Historia?. Pidió perdón por pecados concretos.

Sin duda alguna, hay que entender que la Iglesia **trasciende a sus miembros**. La Iglesia es más que la suma de sus miembros. Es un misterio superior que va más allá.

Efesio 5, 25-26:

- 25 *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella,*
 26 *para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra,*
 27 *y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada.*

Este texto tiene un gran valor y además está hablando del matrimonio, y en ese contexto pone como ejemplo lo que es la entrega de Cristo a su Iglesia: **para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada.**

Está claro que estamos hablando de una imagen de la Iglesia, que es mística; porque el ser de la Iglesia no puede ser reducida a un componente social, sino que supera esa dimensión meramente humana y es una dimensión mística la que también explica el ser de la Iglesia. Hay que conjugar las imágenes de la Iglesia como institución, como pueblo de Dios y como cuerpo místico de Jesucristo, todo ello se integra. Sigue este punto:

La Iglesia es, pues, "el Pueblo santo de Dios" (LG 12), y sus miembros son llamados "santos" (cf Hch 9, 13; 1 Co 6, 1; 16, 1).

¡Ojo!, que hasta los miembros de la Iglesia son llamados Santos:

Hechos 9, 13:

- 13 *Respondió Ananías: «Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y de los muchos males que **ha causado a tus santos en Jerusalén***

En la Iglesia primitiva se llamaba "los Santos" a los miembros de la Iglesia.

1ª Corintios 6, 1:

- 1 *Cuando alguno de vosotros tiene un pleito con otro, ¿se atreve a llevar la causa ante los injustos, y no ante los santos?*

No era costumbre entre los cristianos llevar sus problemas ante los tribunales civiles, sino que intentaban dentro de la Iglesia solventar sus diferencias.

1ª Corintios 16, 1:

- 1 *En cuanto a **la colecta en favor de los santos**, haced también vosotros tal como mandé a las Iglesias de Galacia.*

¿Por qué unos hombres que tenían conciencia clara de ser pecadores, sin embargo se llamaban a sí mismos "santos"?

Como se ve no únicamente "santa" en cuanto a una realidad mística, sino en cuanto a los miembros que la forman.

El catecismo a partir del punto 823, se emplea con fuerza para intentar ver este misterio.

Al hablar de la santidad de la Iglesia, aludimos a la vocación cristiana a la santidad; santidad que según la escritura pertenece solo a Dios; se dice: "y no llaméis santo en la tierra a nadie, sino únicamente a Dios que está en los cielos".

Es curioso que Jesús diga esto y aparentemente en contradicción con esto otro, también se dice que todos estamos llamados a participar de esa “Santidad”: *“Seréis santos porque Yo Señor y Dios soy santo”*. El mismo Jesús dice: *“Sed santos como vuestro Padre celestial es Santo”*.

La aparente contradicción se soluciona al afirmar que se trata de una participación de la Santidad de Dios.

La Escritura si no la leemos en su conjunto; y extraemos un versículo y pretendemos oponerlo a otras afirmaciones de la Sagrada Escritura, podemos extraer conclusiones indebidas; y podemos hacer de la sagrada escritura como un arma arrojadiza. Y no es así; todas las afirmaciones de la sagrada escritura hay que integrarlas. Y la Escritura dice: *“No llaméis Santo a nadie en la tierra, porque uno solo es santo: Dios que está en el cielo”*. Y esa misma sagrada escritura dice: *“Sed santos como vuestro Padre celestial es Santo”*. Y los textos que hemos leído antes donde se les llama “santos” a los miembros de la Iglesia.

Lo importante es entender, es que la santidad es participación de la santidad de Dios. Nosotros, desligados de Jesús, somos por nuestra propia esencia, pecadores; sin embargo unidos a Jesús, participando de su misma filiación divina: ¡somos Santos!

Una de las cosas que caracteriza la Teología de la Iglesia católica, frente a otras interpretaciones –más bien las luteranas- donde se entendía este tipo de dicotomías o aparentes contradicciones de la escritura, en un sentido exclusivo y unilateral.

Por ejemplo: si la sagrada escritura dice que solo hay un mediador, entonces se rechazan las demás mediaciones: se rechaza la mediación de los santos, se rechaza la mediación de la Iglesia.

Si la sagrada escritura dice que Uno solo es santo, se rechaza la posibilidad de santificar, de hacer santos, de canonizar...

En la “lectura católica”, que enlaza con los padres de la Iglesia de los primeros siglos, la sagrada escritura se entendió de una manera “integrada”.

Solamente hay un mediador, y los demás participamos de la mediación de Él.

Solamente hay un Santo y los demás participamos de esa santidad de Jesucristo.

Después de hacer esta afirmación, que es muy importante.

Hay que decir que en la biblia se habla del “templo santo”, de la “tierra santa”, de la “asamblea santa, porque Dios la santifica con su presencia; o porque están consagradas a su servicio.

Por tanto: **La santidad bíblica es un don de Dios**, nadie puede ufanarse de ello. Esa Santidad es también un mandamiento, que solo por la gracia podemos intentar cumplir: **“Sed santos”**.

En el nuevo testamento este don de la santidad, comienza por ser una **“filiación en Cristo”** por obra del Espíritu. Es como una participación en la santidad trinitaria; la santidad se nos da como un fruto del sacrificio de Cristo y por la acción del Espíritu Santo: es un Don Participado.

Por eso la Iglesia no cesara nunca de ser un Pueblo Santo.

La Naturaleza Santa de Dios se comunica a los hombres por el don del Espíritu.

Efesios 2, 18-22:

18 *Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu.*

19 *Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios,*

- 20 *edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo,*
 21 *en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor;*
 22 *en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, **hasta ser morada de Dios en el Espíritu.***

Eso es lo que le permita a la Iglesia vivir ese misterio de santidad.

Recordamos lo que dice este punto: **Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y con el Espíritu se proclama "el solo santo", amó a su Iglesia como a su esposa.**

Entregándose a sí mismo por ella para santificarla, haciéndola santa e inmaculada, sin arruga.

Efesios 5, 25:

- 25 *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella,*
 26 ***para santificarla, purificándola** mediante el baño del agua, en virtud de la palabra,*

Lumen Gencium 39:

“Que la unió a sí mismo como a su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo, para gloria de Dios”

Hasta el punto de llamarles “Santos a los miembros de la Iglesia”. Pero ¿esa santidad se refiere al estado final, cuando Cristo entregara definitivamente todas las cosas al Padre?, ¿o también hay que decir que la Iglesia actual es santa?. La respuesta es que **es santa la única Iglesia de Dios**, que no hay dos Iglesias.

La Iglesia es una realidad compleja y al mismo tiempo es una sociedad estructurada jerárquicamente y al mismo tiempo es una comunión de fe y de caridad. No podemos caer en la tentación de hablar de dos Iglesias: por una parte cuerpo místico y por otra parte sociedad jerárquica, todo ello está integrado.

Si decimos que la Iglesia actual es “santificante”, hemos de decir que es “santa”. Porque nadie puede dar lo que no tiene. La Iglesia es santa, porque santificada por Jesucristo, produce, así mismo, santidad. Permitirme la expresión: **La Iglesia es una “fabrica” de santos.**

Esto no se puede negar, otra cosa es que los que somos miembros de la Iglesia no seamos santos.

1ª Pedro 2, 4-10:

- 4 *Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios,*
 5 *también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo.*
 6 *Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido.*
 7 *Para vosotros, pues, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido,*
 8 *en piedra de tropiezo y roca de escándalo. Tropiezan en ella porque no creen en la Palabra; para esto han sido destinados.*
 9 *Pero vosotros **sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido**, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*
 10 *vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos.*

Esta afirmación subraya la conciencia que ha tenido la Iglesia primitiva de ese don de la santidad.

-La Iglesia es santa por la **palabra de Dios**, conservada viva en su seno por la fuerza del Espíritu Santo.

-La Iglesia es santa por **los sacramentos de la fe**.

-La Iglesia es santa por **los ministerios Jerárquicos**.

-La Iglesia es santa porque en ella **habita el Espíritu Santo**, que es el “agente” de santificación, el cual viene a ser como su propia alma. Algunos teólogos matizan, que el Espíritu no entra “en composición” con la institución eclesial, pero si la “anima”, está íntimamente unido a ella en una unión de alianza con la Iglesia. Se une a un cuerpo histórico concreto, cuyos miembros están sujetos a debilidades y pecados. El Espíritu Santo no se “avergüenza de esa unión”.

Fijaos en el hecho de que Jesús elija a Pedro, sabiendo que le va a negar tres veces, no se avergüenza de esa elección.

Punto 828:

Al canonizar a ciertos fieles, es decir, al proclamar solemnemente que esos fieles han practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios, la Iglesia reconoce el poder del Espíritu de santidad, que está en ella, y sostiene la esperanza de los fieles proponiendo a los santos como modelos e intercesores (cf LG 40; 48-51). "Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia" (CL 16, 3). En efecto, "la santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero" (CL 17, 3).

El gran milagro es que aun siendo pecadores nosotros, la Iglesia no deja de “producir” santos y frutos de santidad.

Hubo un momento en que la Iglesia tuvo algunas tentaciones en su seno. En los siglos primeros hubo algunas herejías –llamadas “montanistas”- a la que perteneció Tertuliano; después San Agustín se enfrentó a los “donatistas”. Estas herejías confundieron lo que era la santidad de la Iglesia con la santidad de los miembros de la Iglesia. Esas Herejías vinieron a decir que para que tuviesen validez los sacramentos los sacramentos que la Iglesia celebraba, tenían que ser santos los sacerdotes que los celebrasen; y rechazaban que los sacerdotes que hubiesen sido pecadores pudiesen celebrar válidamente la eucaristía. Por ejemplo, si algún sacerdote había perjurado de Cristo durante las persecuciones romanas y después había retornado a la Iglesia, había hecho penitencia; estas herejías puritanas o rigoristas, no admitían que esos sacerdotes pudiesen celebrar válidamente los sacramentos.

La Iglesia rechazó esa interpretación porque no se puede confundir la santidad de la Iglesia, con la santidad subjetiva de los miembros que formamos la Iglesia.

Un sacerdote puede ser un pecador, -y de hecho lo somos- y celebrar válidamente los sacramentos, no en virtud de su santidad personal sino **en virtud de la santidad sacerdotal con la que Cristo le ha revestido**. Es un gran misterio.

Es verdad que la Iglesia le pide que celebre en “gracia de Dios”; pero no supedita a ello la validez de los sacramentos. Aunque un sacerdote celebre en pecado –cometiendo un sacrilegio–, sin embargo la Iglesia reconoce la validez santificadora del sacramento que está celebrando.

Lo “santo” de los sacramentos no me lo “da” la santidad de quien está celebrando, ¡es la gracia de Cristo la que me santifica!. Si bien es verdad que será una ayuda para nosotros que el sacerdote, que es el mediador en esa obra sacramental, sea personalmente santo, de tal modo que nos signifique y nos exprese más la santidad de Jesucristo. Pero no podemos confundir una cosa con la otra.

Dicho esto, nosotros tenemos plena conciencia de nuestro ser pecador,

Punto 827: (luego volveremos con los puntos anteriores a este)

«Mientras que Cristo, "santo, inocente, sin mancha", no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación" (LG8; cf UR 3; 6). Todos los miembros de la Iglesia, incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores (cf 1 Jn 1, 8-10).

1ª Juan 1, 8-10:

- 8 *Si decimos: «No tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros.*
 9 *Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia.*
 10 *Si decimos: «No hemos pecado», le hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros.*

En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos (cf Mt 13, 24-30).

Mateo 13, 24-30:

- 24 *Otra parábola les propuso, diciendo: «El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo.*
 25 *Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue.*
 26 *Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña.*
 27 *Los siervos del amo se acercaron a decirle: "Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?"*
 28 *Él les contestó: "Algún enemigo ha hecho esto." Dícenle los siervos: "¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?"*
 29 *Díceres: "No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo.*
 30 *Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero."»*

Somos plenamente conscientes de que dentro de nuestra Iglesia está la “cizaña al mismo tiempo que el trigo”; pero no digamos esto mirando hacia afuera, dentro de nuestro corazón hay trigo y hay cizaña, y

que los dos crecen al mismo tiempo. Y podemos decir las dos cosas: **que somos pecadores, y podemos decir que somos santos.**

Una cosa más: la Iglesia no deja de producir frutos de santidad. Los santos Padres solían afirmar que desde pentecostés, la Iglesia está llena de santos.

San Cirilo de Alejandría decía: *“El Espíritu ha descendido del cielo, para defender y santificar a la Iglesia, como guía de las almas y timonel de la humanidad en la tempestad: “luz que guía a los errantes, arbitro que preside las luchas y coronación de los vencedores”*

La finalidad de la Iglesia es suscitar santos; de hecho se han dado tantos santos en la historia de la Iglesia, que uno de los mayores motivos de credibilidad que puede tener la Iglesia está en sus santos.

Es verdad que los miembros de la Iglesia han cometido muchos pecados; nosotros lo que destacamos y ponemos como modelo de imitación son los “frutos de santidad”. Cuando hablamos de San Francisco de Asís o de San Francisco Javier, de Santo Tomas, de Santa Teresita del niño Jesús...cuando hablamos de todos estos santos, no tenemos ni idea de quién era el obispo o el papa que vivió en su tiempo.

La Iglesia, de lo que ha hecho memoria es de los santos. Al final lo que prevalece son los “frutos de santidad, todo lo demás cae en el olvido: los protagonismos humanos, el poder, la vanidad...

Lo cual no significa que fuera de los muros de la Iglesia no se den signos de santidad: el Espíritu Santo sopla donde quiere.

Algunos autores dicen que otra constatación de la santidad de la Iglesia, es el hecho que en medio de este mundo secularizado que da la espalda a Dios, que a veces se ufana del pecado y se dice que el hombre tiene derecho a pecar públicamente. **La Iglesia católica se conserva como un dique frente al embrutecimiento de las costumbres.**

La Iglesia católica ha llegado a ser (yo diría) casi la única voz que “clama en el desierto” frente a la ruina de la familia, por ejemplo en la defensa de lo que es el matrimonio natural. En muchos aspectos es el único freno que se opone a la inmoralidad moderna: defendiendo la santidad, la indisolubilidad del matrimonio, la inviolabilidad de la vida, predicando la “ética del amor”, el servicio desinteresado, la castidad en el matrimonial y virginal.

Una de las pruebas de que la Iglesia es santa es que, es capaz de mantener esos principios santos contra “viento y marea”. De hecho se están produciendo conversiones importantes a la Iglesia católica de personas adultas por este motivo.

La Iglesia no se deja impregnar por el espíritu mundano, porque es el Espíritu Santo el que anida en ella.

Si el Espíritu Santo no anidase en la Iglesia, hace tiempo que el espíritu mundano nos habría absorbido; y nosotros propondríamos la moral que esta socialmente aceptada, como ocurre en otras Iglesias.

Por eso es fundamental que la Iglesia que mantenga unos principios, mantenga este mismo catecismo en los tiempos actuales.

Termina este punto:

La Iglesia, pues, congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación:

La Iglesia «es, pues, santa aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo» (Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 19).

Lo dejamos aquí.